



Josefina García Quintana

“La Relación de Michoacán”

p. 169-184

*Historiografía mexicana. Volumen I. Historiografía novohispana de tradición indígena*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo  
(coordinación general)  
José Rubén Romero Galván  
(coordinación del volumen I)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

366 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 970-32-0853-3 (volumen I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317\\_01/historiografia.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_01/historiografia.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LA RELACIÓN DE MICHOACÁN

JOSEFINA GARCÍA QUINTANA\*

### *El manuscrito*

*La Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán*, más conocida por el nombre abreviado de *Relación de Michoacán*, es la suma de noticias más antigua que se conoce acerca del pasado prehispánico y de los primeros años de la conquista española de aquella región del occidente de México.

*La Relación de Michoacán* es una obra que consta de un prólogo, del texto propiamente dicho y de 44 pinturas. Varias copias existentes en diversos repositorios<sup>1</sup> y las diferentes ediciones de que ha sido objeto provienen, directa o indirectamente, del manuscrito que se encuentra en la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial, en España. Algunos autores consideran que este manuscrito es el original, otros lo tienen como una copia más basados, quizá, en el hecho de hallarse en él la mano de varios amanuenses, aunque todos son del siglo XVI.

Lo cierto es que se trata de un documento incompleto, ya que, a decir de su autor, la obra debía constar de tres partes y de estas sólo se conservan la segunda, la tercera y una mínima porción de la primera. Pero así como no se tienen noticias acerca de cómo fue a dar este manuscrito a la Biblioteca de San Lorenzo, tampoco se sabe cuándo y por qué se perdió la casi totalidad de la primera parte.

Si su primer poseedor fue efectivamente don Antonio de Mendoza, a quien está dedicada la obra, éste posiblemente la haya llevado consigo a Perú cuando fue trasladado al virreinato de Lima. La pérdida de la primera parte pudo haber ocurrido entre 1541-1542, época en que

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> Las copias de que se tiene noticia son: Library of Congress, Washington, New York Public Library, Real Academia de la Historia y Biblioteca Nacional, de Madrid; John B. Glass, "A Census of Native Middle American Pictorial Manuscripts" en *Handbook of Middle American Indians*, v. 14, p 168, y Francisco Miranda, "Estudio preliminar" en fray Jerónimo de Alcalá, *La Relación de Michoacán*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, p. 15; Miranda consigna también una copia en la Biblioteca Nacional de París.

presumiblemente la *Relación* estaba ya en poder de dicho funcionario, y 1550, año de su traslado a Perú; o entre esta fecha y la de su muerte ocurrida en 1552; el extravío pudo también suceder posteriormente, pero todo esto es imposible saberlo por ahora. Es difícil, incluso, dar por cierto y comprobado que el manuscrito haya llegado a poder del virrey Mendoza. Quienes consideran esto como un hecho se basan en el prólogo dedicatorio y en la escena representada en el primer folio en la que parece que un fraile lo está entregando al citado personaje. Pero dado que ni el prólogo ni la dicha escena llevan fecha alguna y dado, sobre todo, que el total de pinturas de que consta la obra son ilustraciones de lo que el texto contiene, podría pensarse que esta primera pintura es también una ilustración, en este caso de la dedicatoria, y únicamente eso; lo cual conduce, por lo menos, a la duda de que el manuscrito haya sido entregado personalmente a don Antonio de Mendoza.

Por otro lado, se sabe que fray Toribio de Motolinía tuvo en sus manos el original, o quizá una copia del documento, cuando residía en Tetzoco por los años 1542-1543. Este cronista, en efecto, incorporó en su obra, casi a la letra, al referirse a Michoacán, el capítulo de la tercera parte de la *Relación* que trata de “cómo muría el calzonci y las ceremonias con que lo enterraban”.<sup>2</sup>

Así pues, retomando el hilo del discurso, y haya o no poseído el manuscrito el virrey Mendoza, no se conocen, de cualquier manera, las vías a través de las cuales la *Relación* pudo llegar a España. La realidad es que aparece ya en El Escorial, con el título de “Historia de los indios de Michoacán”, en un índice de manuscritos castellanos de la Biblioteca de San Lorenzo elaborado en el año de 1600 y allí permanece hasta ahora bajo la signatura Ç. IV. 5.<sup>3</sup>

### *El autor y la fecha de redacción*

Alrededor de la *Relación de Michoacán* giran varias incógnitas. Aparte de las mencionadas, está la muy importante de su autoría, en lo que se refiere tanto al texto como a las pinturas. La ejecución de éstas últimas es algo que al parecer permanecerá definitivamente en el anoni-

<sup>2</sup> Otros cronistas como Torquemada, López de Gómara, Las Casas, La Rea y Espinosa, hacen también, más tarde, uso de la misma información. J. Benedict Warren, “Fray Jerónimo de Alcalá: Author of the *Relación de Michoacán*”, en *The Americas*, v. XXVII, n° 3, 1971, p. 317-318. Francisco Miranda, *op. cit.*, p. 16-17.

<sup>3</sup> Warren, *op. cit.*, p. 320; Glass, *op. cit.*, anota que perteneció a la Colección Diego González.

mato, ya que no hay ningún indicio que permita, ni de lejos, señalar quién o quiénes las hayan hecho.

Por lo que respecta al texto durante mucho tiempo la *Relación* ha sido considerada como una obra anónima puesto que el nombre del autor no aparece en el manuscrito ni fuentes ajenas lo mencionan. Y lo que resulta curioso es que se trata de una obra intencionalmente anónima, ya que quien la realizó expresa, en el prólogo dedicatorio al virrey Mendoza, su deseo de permanecer al margen cuando dice: “Pues, Ilustrísimo Señor, esta escritura y relación presentan a Vuestra Señoría los viejos de esta ciudad de Michoacán y yo también en su nombre, no como autor sino como intérprete de ellos.”<sup>4</sup>

En el transcurso de los años ha habido varias proposiciones para adjudicar la autoría de la *Relación* a diversos frailes de la orden franciscana e incluso de la agustina, que tuvo fuerte presencia en Michoacán. Aquella que señala a fray Bernardino de Sahagún como posible autor es quizá la más desacertada, ya que éste jamás estuvo en esa provincia como misionero. El primero que fue a aquel lugar en compañía de otros cinco religiosos fue fray Martín de Jesús o de la Coruña quien durante prácticamente toda su misión estuvo en Jalisco y Michoacán. Su temprana llegada, su larga estadía en aquella región y el estrecho contacto que tuvo con los naturales dieron pie para que se pensara en él como el más probable autor de la *Relación*. Sin embargo, hay informes de que este pionero precisamente no estaba en Michoacán, sino en Cuernavaca, por los años en que se presume fue confeccionada aquélla; esto por una parte, pero por otra es difícil admitir que él se refiriera a sí mismo dentro del texto como un “muy buen religioso”, tal cual sucede en la *Relación* al mencionarse el envío a Michoacán de los primeros misioneros.<sup>5</sup>

Otro que ha sido considerado como presunto autor de la obra es fray Maturino Gilberti, también de la Orden de San Francisco. Este religioso fue en el siglo XVI el más notable conocedor del idioma purépecha, autor de un *Arte* y un *Vocabulario* así como de otras obras doctrinales en esa lengua, se ha pensado por eso que, dados sus conocimientos, bien pudo haber tenido a su cargo la factura de la obra. No obstante, contra ese parecer existe el hecho de que Maturino Gilberti

<sup>4</sup> *Relación de Michoacán*, 1988, p.44.

<sup>5</sup> *Relación de Michoacán*, 1988, p. 324; José Tudela, “Estudio de la obra”, en *Relación de Michoacán*, Madrid, Editorial Aguilar, 1956, p. IX; J. Benedict Warren, “Fray Jerónimo de Alcalá: Author of the *Relación de Michoacán*”, en *The Americas*, v. XXVII, núm. 3, 1971; p. 311.

llegó a la Nueva España apenas en 1542, es decir, por el tiempo en que, muy verosímilmente, se hacía o se terminaba la *Relación*.<sup>6</sup>

En años recientes el investigador J. Benedict Warren, a partir de cuidadosos análisis historiográficos y documentales, ha aportado argumentos bastante convincentes que contribuyen a dilucidar quién fue el autor de la *Relación de Michoacán*.

Antes, sin embargo, de hablar de lo que Warren propone, y para mayor comprensión, es conveniente exponer lo que se puede saber respecto a la fecha de factura de la *Relación*. Existen dos posibilidades, no distantes una de la otra, con visos de verosimilitud. La primera situaría la redacción entre la primera y la segunda visita del virrey don Antonio de Mendoza a Michoacán.

En cuanto al límite de inicio parece no haber duda ya que el mismo autor dice en el prólogo dedicatorio

Yo ya tenía perdida la esperanza de ese mi deseo [investigar acerca del pasado de los recientes cristianos purépechas], si no fuera animado por las palabras de Vuestra Señoría Ilustrísima que, viniendo la primera vez a visitar esta provincia de Michoacán, me dijo dos o tres veces que por qué no sacaba algo de la gobernación de esta gente.<sup>7</sup>

Tomando en cuenta que el que esto escribió manifestó también que su deseo era ya antiguo, se puede suponer que puso manos a la obra de inmediato, esto es, entre fines de 1539 y principios de 1540 que fue cuando el virrey hizo su primera visita a tierras michoacanas.

En relación al límite de terminación, si en verdad la obra fue entregada a dicho funcionario, como algunos suponen que lo indica la pintura inicial, en ocasión de su segundo paso por Michoacán, entonces la *Relación* pudo ser terminada a finales de 1541.

Pero si, como se apuntó arriba, cabe la duda de que la entrega en persona al virrey haya sido efectivamente llevada a cabo, entonces el año podría variar. Éste no podría situarse, quizá, más allá de 1543, en primer lugar porque fue en este año cuando murió uno de los informantes de quien se conoce su nombre y que no fue otro que don Pedro Pantze Cuinierángari, gobernador indígena en el tiempo que daba sus informes al autor; en segundo término, porque, como ya se apuntó, Motolinía conoció la obra en alguna fecha cercana a 1543. Esto constituiría, pues, la segunda posibilidad de fechamiento, es decir, que la *Relación* haya sido redactada entre 1540 y 1543.

<sup>6</sup> Warren, *op .cit.*, p. 310.

<sup>7</sup> *Relación de Michoacán*, 1988, p. 42.

El presunto autor de la *Relación* —hecha en la “ciudad de Michoacán”<sup>8</sup> según testimonios que aporta la propia obra— tuvo que ser, en consecuencia, alguien que residiera a la sazón en ese lugar.

Por otra parte, la ya mencionada primera pintura muestra a un fraile franciscano en actitud de entregar (o dedicar) el escrito al virrey. En esta forma, se puede decir que el autor era miembro de la Orden de San Francisco, aun si el fraile representado fuera fray Martín de Jesús en su calidad de superior de los religiosos, pero además, dicho franciscano tendría que ser persona a quien el virrey considerara apta para la empresa, esto es, que fuera conocedora de la lengua de los naturales, lo cual indicaría, por cierto, que tal persona residiría de antiguo en aquellos contornos.

El historiador J. Benedict Warren en sus investigaciones ha identificado al autor de la *Relación* como fray Jerónimo de Alcalá. Examinando crónicas y documentos encuentra mencionado a un fray Jerónimo entre los religiosos que acompañaron al Occidente a fray Martín de Jesús. Aunque se dice de aquél que no se sabe su apellido ni de qué provincia provenía, sí se asienta que fue el primero que escribió y conoció la lengua de Michoacán. En relación a esto último, el tal fray Jerónimo es recordado como “quien compuso la lengua tarasca” en el documento que un principal indígena, don Pedro Guaco, escribió en 1573 respecto al pleito habido en Pátzcuaro entre los religiosos y el clero diocesano cuando don Vasco de Quiroga fue a Michoacán ya como obispo electo.

Con el nombre de Jerónimo de Alcalá, Warren lo rescata interviniendo en varios litigios en un período que va de 1533 a 1541, año este último en que aparece como guardián del convento de Pátzcuaro. Señala también el historiador que en una de las pinturas que contiene la *Crónica* de Beaumont, aparece identificado con su nombre al lado de Vasco de Quiroga y que el cronista, al hablar de esta pintura en su texto, se refiere al fraile como fray Jerónimo de Alcalá o Alcolotato. Se le encuentra también entre las personas que acompañaron al virrey Mendoza a la guerra del Mixtón.<sup>9</sup>

En suma, de acuerdo con el estudio de J. Benedict Warren, fray Jerónimo de Alcalá reúne las características arriba señaladas como para ser considerado seriamente autor de la *Relación de Michoacán*: pertenencia a la orden franciscana, conocimiento del idioma tarasco, residencia en Michoacán desde varios años antes de 1540 y en Tzintzuntzan y Pátzcuaro concretamente entre 1540 y fines de 1541.

<sup>8</sup> Se llamaba “Ciudad de Michoacán” a Tzintzuntzan, título que después se adjudicó a Pátzcuaro, Miranda, *op. cit.*, p. 18-19.

<sup>9</sup> Véase Warren, *op. cit.*, *passim*.

Y sin embargo, con ser tan convincentes los argumentos que aporta Warren, fray Jerónimo de Alcalá no acaba de ser plenamente aceptado como autor de dicha obra. John B. Glass, a pesar de mencionar que el trabajo de Warren “presenta evidencias para mostrar que el autor es el fraile franciscano Jerónimo de Alcalá”, clasifica la *Relación* como “manuscrito en español de un fraile anónimo”.<sup>10</sup> Francisco Miranda, por su parte, no obstante que la edición que estuvo a su cargo aparece bajo el nombre del susodicho fraile, dice en el estudio preliminar: “Aunque no sabemos con certeza quién haya sido el autor de la *Relación*...”<sup>11</sup>

Quizá en tiempos venideros haya más pruebas que corroboren la propuesta de Warren, o quizá el asunto quede siempre en duda, lo cual, por otro lado, correspondería al deseo expreso del autor de permanecer en el anonimato; como él dijo, “no como autor sino como intérprete de ellos”.

### *Forma y contenido de la obra*

Se puede conjeturar que el fraile autor de la *Relación* se acercó a sus informantes con un cuestionario que tratase de abarcar todo lo concerniente a la historia antigua de los purépechas recién conquistados. Con este posible cuestionario habrá inquirido acerca de la religión, de quiénes fueron sus dioses, de las fiestas de su calendario y ceremonias que hacían. Asimismo habrá interrogado sobre sus orígenes y sobre los señores que tuvieron, las conquistas que realizaron, la conformación del señorío y sus pueblos tributarios. Habrá preguntado también todo lo relativo a sus costumbres: primero acerca de la organización política y religiosa, la sucesión de los señores, los cargos y oficios sacerdotales, la forma de impartir justicia y de hacer la guerra; luego lo relativo a instituciones como el matrimonio, entre los señores y entre la gente del pueblo; la forma que tenían de realizar las honras fúnebres y los varios oficios que se ejercían en el reino. Finalmente habrá querido conocer la percepción que tuvieron los purépechas de la conquista española, qué presagios hubo, cómo fueron los primeros contactos, cuáles las consecuencias inmediatas. Las respuestas a este cuestionario devinieron una amplia información sobre la historia y la cultura antigua del señorío tarasco.

El autor de la *Relación* llevó a cabo, pues, la indagación previa e hizo la traducción al castellano del relato indígena organizando asimis-

<sup>10</sup> John B. Glass, *op. cit.*, p. 167-168.

<sup>11</sup> Francisco Miranda, *op. cit.*, p. 20-21.

mo el material recopilado en partes y capítulos, pero tuvo cuidado de que sus informantes purépechas se expresaran libremente, absteniéndose de introducir opiniones o juicios de valor ni siquiera en lo concerniente a la religión autóctona. Por esta característica la obra resulta un relato de primera intención, fresco y espontáneo. Solamente, con buen conocimiento de los asuntos tratados, intervino para ampliar o aclarar información. De esta manera, el discurso de la obra corre mayormente a cargo de aquellos ancianos a quienes acudió para que le confiaran lo que recordaban de su pasado. Esto sucede sobre todo en la segunda parte, donde se reproduce el relato que el gran sacerdote o *petámuti* hacía frente a todo el pueblo en una de las fiestas del calendario indígena y en la que las intervenciones del fraile son pocas; en cambio, éste consideró conveniente introducir grandes párrafos, para una mejor comprensión, en la sección que trata de las costumbres y gobernación.

Por otro lado, en abundancia de esta forma de proceder, el autor se preocupó por respetar, en la versión al castellano del relato que los informantes le brindaron en purépecha, la manera de hablar de los naturales, lo que podría señalarse como “el espíritu de la lengua”. Esta característica produjo un relato difícil de seguir en ocasiones por la construcción sintáctica, tan diferente a la de nuestro idioma, que se antoja defectuosa, pero, salvado este escollo, la narración es rica en otros aspectos: mantiene el interés con descripciones y diálogos llenos de fuerza; ofrece bellas expresiones poéticas, momentos de gran dramatismo y agudas observaciones acerca de la psicología de los actores.

En cuanto a la cronología, la *Relación de Michoacán* es una obra donde no se consignan fechas, aunque se mencionan doce o trece fiestas del calendario tarasco. A propósito de esto, dice Paul Kirchhoff que se trata de una fuente que combina un profundo sentido histórico con una ausencia total de sentido cronológico.<sup>12</sup> Pero esto último no es tan exacto como pudo él pensar en razón únicamente de la falta de fechas. El relato de la segunda parte, relativa a la formación del señorío tarasco, está organizado cronológicamente y, más adelante, en la tercera parte, el devenir continúa con los últimos días del reino y con lo sucedido a la llegada de los españoles. Se puede decir, en resumen, que el discurso de la *Relación* no es anárquico y sí real y profundamente histórico no obstante que carezca de indicadores calendáricos.

Respecto a la estructura de la obra, ya se ha mencionado que constaba de tres partes y que de la primera sólo se ha conservado una mínima porción. Las dos restantes, y se puede suponer que también fue

<sup>12</sup> Paul Kirchhoff, “Estudio preliminar” en *Relación de Michoacán*, Madrid, Editorial Aguilar, 1956, p. XXI.

así con la primera, están divididas en capítulos, no numerados, pero sí con su respectivo encabezado titular.

Por lo que toca al contenido, el autor dejó perfectamente señalado cuál era el de cada una de las partes de la *Relación*. Dice en el prólogo:

Ilustrísimo Señor, Vuestra Señoría me dijo que escribiese de la gobernación de esta provincia, yo —porque aprovechase a los religiosos que entienden de su conversión— saqué también de dónde vinieron,<sup>13</sup> sus dioses más principales, las fiestas que les hacían, lo cual puse en la primera parte; en la segunda parte puse cómo poblaron y conquistaron esta provincia los antepasados del *cazonci*; y en la tercera, la gobernación que tenían entre sí hasta que vinieron los españoles a esta provincia y hace fin a la muerte del *cazonci*.<sup>14</sup>

Por estas palabras se sabe, pues, de qué trataba la primera parte: del origen de los habitantes de Michoacán, de sus dioses y de las fiestas religiosas. En el único folio conservado se habla de la fiesta de *Sicutndiro*, de las ceremonias, sacrificios y ofrendas que se hacían en esta ocasión. En las partes subsiguientes de la *Relación* se encuentran alusiones y aún datos concernientes a los asuntos religiosos, pero no bastan para dar idea cabal de lo que fue este tratado de la religión y origen de los purépechas.<sup>15</sup>

La segunda parte de la *Relación*, bajo el título “Síguese la historia de cómo fueron señores el *cazonci* y sus antepasados en esta provincia de Michoacán”, comprende 35 capítulos y comienza con la descripción hecha por el fraile de la reunión general que se realizaba anualmente en la fiesta de *Ecuata cónscuaro* y en la que el sacerdote mayor hacía la “justicia general” en representación del *cazonci*. Después el autor deja hablar al propio sacerdote quien va narrando la historia del reino tarasco desde los orígenes, cuando un grupo postrero de chichimecas irrumpe en la región de Tzacapu, hasta la completa configuración del señorío, pasando por las conquistas y alianzas que estos chichimecas realizan con los antiguos pobladores de la región y a quienes hallan establecidos alrededor del lago de Pátzcuaro y en sus islas. Se hace referencia al encuentro de los chichimecas con los habitantes de la laguna; a los diferentes períodos de amistad y enemistad entre ellos; a la primitiva forma

<sup>13</sup> Para la lectura de este enunciado, véase Francisco Miranda, *op. cit.*, p. 45, nota 14.

<sup>14</sup> *Relación de Michoacán*, 1988, p. 45.

<sup>15</sup> Una idea del tema de la primera parte puede darla la “Relación sobre la residencia de Michoacán hecha por el padre Francisco Ramírez” y que Francisco Miranda incluye en un apéndice, *Relación de Michoacán*, edición de 1988, p. 345-348. Véase también Paul Kirshhoff, *op. cit.*, p. XXIV.

de vida de los recién llegados y a los inicios de su asentamiento al adoptar la economía agrícola y lacustre; a la ascendencia divina de los reyes; a la fusión que se dio entre las deidades chichimecas y las de los pueblos que iban conquistando; a los ritos con que las veneraban, entre ellos los sacrificios de hombres; a las exequias que se hacían a los señores muertos; a divisas y atavíos; a relaciones de parentesco, etcétera.

Gran parte de esta narración está dedicada a las venturas y desventuras del gran jefe Tariácuri y sus dos sobrinos Hiripan y Tangaxoan, quienes fueron en realidad los que llevaron a término, con sus conquistas, la formación del señorío tarasco. El relato del sacerdote mayor o *petámuti* concluye dos reinados antes de la llegada de los españoles. La narración es interrumpida en ocasiones con intervenciones del fraile para aclarar o ampliar los asuntos que se van tratando. Finalmente, este mismo da un resumen de la historia posterior del reino, con lo que termina la segunda parte de la *Relación*.

La tercera parte de esta obra, que consta de 30 capítulos y cuyo título es “De la gobernación que tenía y tiene esta gente entre sí”, comienza con la descripción de la organización política bajo el reinado de Zizipandácuare y Zangua, los dos últimos señores habidos antes de que la conquista española los alcanzara. Enumera y describe los diferentes cargos de gobierno que existían: diputados para la recaudación de tributos, la guarda y cuidado de las sementeras, la construcción de casas y templos. Refiere los distintos oficios que se ejercían en el reino, cazadores, pescadores, canteros, oficiales de la pluma, cortadores de madera, mensajeros, canoeros, etcétera, y los cargos de gobierno que cada oficio implicaba.

Más adelante trata de cuestiones relativas a la guerra, a la manera de llevarla a cabo y a las ceremonias de preparación de la misma; a lo que hacían con los prisioneros —algunos de los cuales eran utilizados para el trabajo de los cultivos— y a las exequias que llevaban a cabo en honor de los muertos en las batallas.

Un renglón importante es el que se dedica a los delitos y castigos, en el cual se dice como al adulterio, al robo y a la embriaguez se imponía, por lo general, la pena de muerte.

Se trata también en esta tercera parte de los casamientos y normas que se seguían en ellos; de las honras fúnebres cuando moría el *cazonci*, de la sucesión del señorío y las ceremonias que se efectuaban cuando los habitantes de Michoacán habían nuevo señor.

No faltan los discursos pronunciados en diversas ocasiones, como las arengas dirigidas a los guerreros y capitanes al inicio de la guerra; o las amonestaciones con variados destinatarios: a los señores electos, a los súbditos, a los principales, a los sacerdotes, a los recién casados.

Los últimos capítulos tienen que ver ya con el advenimiento de los españoles. Primero se habla de los agüeros, luego se consignan las noticias iniciales, los intentos de los mexicanos en busca de ayuda entre los tarascos para combatir a los invasores, el arribo de los extranjeros a la provincia de Michoacán, las presiones de éstos para obtener el oro ansiosamente buscado y la llegada de los primeros misioneros. Dramáticamente, la ignominiosa muerte del *cazonci*, ordenada por Nuño de Guzmán, da fin a la tercera parte y a la *Relación* toda.

### *Las pinturas*

La vasta información que brinda esta obra se enriquece con una serie de dibujos, la mayor parte coloreados, insertos en el texto de manera oportuna, aunque no siempre se correspondan con los asuntos inmediatamente cercanos. Se trata de cuarenta y cuatro cuadros en los que primero se realizó el trazo y luego, cuando lo hay, se aplicó el color. Cumplen la función de ilustrar varias partes del discurso y en ese aspecto podrían compararse con las pinturas del *Códice florentino*, pero en otros sentidos son muy diferentes, en cuanto a la ejecución, por ejemplo, y prácticamente no presentan características prehispánicas, por lo menos de aquellas que se conocen respecto a pinturas de otras regiones de Mesoamérica.

Elementos de este tipo, en las pinturas de la *Relación*, podrían ser: el hecho de que primero se haga el dibujo y luego se aplique el color; caminos con huellas humanas; gesto de las manos cuando conversan dos personajes frente a frente o cuando el señor se dirige a algún otro. En cambio son más los elementos de tipo occidental: uso naturalista del color —azul para el agua, verde para el campo y la vegetación, amarillo para el oro, la paja y la madera, blanco para la espuma—; sombreado para dar volumen; ciertos atisbos de perspectiva; figuras humanas de tres cuartos de perfil; representación naturalista del fuego; paisajes; grupos humanos con profundidad; vegetación también naturalista; etcétera.

¿Fueron estas pinturas ejecutadas por un indígena que estaba asimilando el estilo occidental de pintar? Esto parece viable, y los aproximadamente veinte años transcurridos desde la conquista española eran más que suficientes para que se diera tal asimilación.

Lo que resulta interesante es que los escasos elementos que en estas pinturas recuerdan un estilo prehispánico, podrían ser un indicio, aunque no determinante, es cierto, de que los tarascos conocían y usaban pictografías a la manera mesoamericana. En el prólogo de la *Relación* asienta el autor que “esta gente no tenía libros”, lo cual hace pensar que

se refiere a que no tenían registros pictográficos del tipo “códices”. A este respecto dice Paul Kirchhoff que tal vez esto no deba tomarse en un sentido literal, “sino sólo en el sentido más limitado de que no usaban la escritura jeroglífica para escribir crónicas como los aztecas y otros pueblos mesoamericanos”.<sup>16</sup> Lo cierto es que no se conocen códices tarascos anteriores a la Conquista y los coloniales que existen no presentan nada que pueda tomarse como pervivencia prehispánica. Sin embargo, habría que preguntarse si entre las cosas que fray Martín de Jesús arrojó al lago de Pátzcuaro o entre las que quemó en medio de la plaza por tratarse de cosas de idolatría —noticia que da el cronista La Rea—<sup>17</sup> no irían algunas pinturas o códices. Por su lado, dice Glass que Boturini tenía entendido que los tarascos usaron “pinturas” en el período preconquista, pero que aclara no haber tenido tiempo de comprobarlo ni de hacerse de algunas para su colección.<sup>18</sup>

Hayan tenido códices o no los tarascos, asunto difícil si no es que imposible de dilucidar; lo que sí se puede afirmar es que hubo pintores, como lo muestra la *Relación* en el cuadro donde aparecen representados todos los oficios,<sup>19</sup> y que tuvieron una importante tradición pictórica de la cual es suficiente testimonio la cerámica pintada que se conoce.

En suma, el ejecutor de las láminas de la *Relación* pudo ser un indígena que no necesariamente aprendió a pintar con los españoles, sino que tenía tras de sí una larga tradición del oficio y que se encontraba en pleno proceso de asimilación de los cánones occidentales, proceso que podría explicar, por otro lado, esa cierta sencillez e ingenuidad que se puede apreciar por sus pinturas.

Éstas, por su parte, al cumplir con la función de ilustrar la palabra escrita, proporcionan al mismo tiempo interesante información que no da aquélla, acerca de atavíos, edificaciones, armas, utensilios, objetos de culto, instrumentos musicales, etcétera. Por tal circunstancia es acertado decir que las pinturas enriquecen ampliamente el contenido textual de la *Relación*.

### *Propósitos y sentido de la Relación de Michoacán*

El Nuevo Mundo despertó la curiosidad de los españoles acerca de la naturaleza y los habitantes de las tierras conquistadas. Había un ansia

<sup>16</sup> Paul Kirchhoff, *op. cit.*, p. XX-XXI.

<sup>17</sup> Alonso de la Rea, *Crónica de la orden de N. Seráfico P. S. Francisco*, 1882, p. 95.

<sup>18</sup> John B. Glass, “A survey of Native Middle American Pictorial Manuscripts”, *Hand Book of Middle American Indians*, v. 14, p. 40.

<sup>19</sup> Lámina 18, p. 171, de la edición de Tudela, 1956.

de saber de dónde provenían los indios, cuál era su forma de gobierno, cómo eran sus costumbres, en qué consistía su religión y sus ritos, pero la causa del interés era distinta según la condición de quienes se preguntaban acerca de estos asuntos. A unos les importaba indagar si los naturales tenían oro y de dónde lo sacaban; a otros, que venían con cargos de gobierno, les urgía saber qué clase de organización había y cómo se obtenían los tributos; para otros más, vocados como se sentían a rescatar almas de las garras del demonio, lo esencial era tener conocimiento de la religión y de las costumbres. Frutos de esta curiosidad fueron crónicas y relaciones, historias, informes y cartas que se escribieron en diversas latitudes y en diferentes años por soldados, por frailes, por funcionarios.

Dentro de este mundo de indagación y respuestas se encuentra la *Relación de Michoacán*. Ésta fue hecha, en primer término, a instancias del virrey Mendoza que pidió se escribiera acerca de la gobernación de los tarascos. Como buen funcionario, le interesaba el aspecto político, pero el fraile que llevó a cabo la empresa fue más allá, no se limitó a la estricta indicación del virrey. Señala él que su deseo de “investigar entre estos nuevos cristianos” era el natural que muchos otros tienen de saber y que si no lo había satisfecho era por falta de medios y oportunidades; su vocación religiosa le impulsaba a averiguar una amplia gama de cosas, no sólo las referentes a la gobernación, sino también, como apunta, “Qué era la vida que tenían en su infidelidad, qué era su creencia, cuáles eran sus costumbres y su gobernación, de dónde vinieron”. Más adelante explica que si fue más allá del mandato del virrey, fue “porque aprovechase a los religiosos que entienden de su conversión”.<sup>20</sup>

Con este último y escueto enunciado del fraile, la *Relación* se inserta en el conjunto de obras escritas, sobre todo en el siglo XVI, por otros religiosos cuyo propósito era comprender y dar a conocer cuanto se refiriera al pasado de los naturales a quienes pretendían convertir. En otras palabras, cuyo interés era la indagación y escritura no sólo como mero afán de conocimiento, sino como medio para la evangelización. El autor de la *Relación* participaba del mismo espíritu que animaba a otros frailes contemporáneos suyos: a Motolinía que estaba casi terminando su obra, a fray Andrés de Olmos y al mismo Sahagún quienes andaban ya en la tarea de investigar y recabar informes entre los indígenas sobrevivientes al derrumbe de su mundo. Este sería el propósito expreso de la *Relación*, el que, en efecto, menciona el autor en su prólogo. Cabe aquí señalar una diferencia significativa entre la *Relación de Michoacán* y otras crónicas que se escribieron acerca de

<sup>20</sup> *Relación de Michoacán*, 1988, p. 41 y 44-45.

las antigüedades de los indígenas: no se encuentra en la *Relación* ese sentido providencialista que permea aquéllas y que sin duda formaba parte del pensamiento del autor; miembro de la Orden de San Francisco. Esto contribuyó también a la frescura y espontaneidad que, como ya se dijo atrás, caracterizan a esta obra.

El propósito interno de la *Relación*, el que da el propio discurso de los informantes y que se hace notar, sobre todo, en la segunda parte de la obra, tiene que ver con la conciencia histórica, con la percepción del devenir de la que no carecían los purépechas. En la fiesta llamada *Ecuata cónscuaro*, que ya se ha mencionado, el sacerdote mayor reunía a toda la gente del pueblo y frente a ella hacía el relato de los orígenes y formación del señorío tarasco. El discurso se desarrollaba a lo largo de todo un día y no sólo se hacía en la ciudad de Tzintzuntzan, sino que el mismo *petámuti* enviaba a otros sacerdotes a repetirlo en todos los poblados por pequeños que fuesen. La finalidad de este proceder era que todo mundo recordase continuamente el origen divino del reino y las hazañas de sus caudillos y reyes porque, por otra parte, el señor en turno sustentaba su poderío en el reconocimiento y recordación de todo esto.

El cumplimiento de ambos propósitos, el del *petámuti* que cada año evocaba la tradición en la memoria colectiva y el del fraile que se preocupó por escribirla y enriquecerla con la descripción de otros aspectos de la cultura tarasca, hace de la *Relación* una obra con un profundo sentido histórico y etnográfico.

Otras fuentes hay que brindan noticias históricas sobre Michoacán, por ejemplo, las “Relaciones geográficas” recabadas en esta región, las más tempranas de las cuales son de 1579. Sin embargo, al responder a las preguntas catorce y quince del cuestionario ordenado por Felipe II, dan información muy escasa y muchas veces puntualmente localista. Por su parte, las obras de los cronistas michoacanos escritas ya en los siglos XVII y XVIII no dan informes tan extensos como los que da la *Relación*, lo cual es explicable: un siglo después de escrita ésta —que fue cuando realizó su obra Alonso de la Rea, el autor más temprano— el propósito principal ya no era conocer a profundidad la historia y las instituciones de los naturales para poder llevar a cabo más eficazmente la predicación del cristianismo; se trataba ahora de hacer la historia de la Orden, de sus más destacados miembros, de quienes habían llevado a cabo la conversión de los indígenas. El sentido era ya otro al dar noticias de éstos sólo como referencia de la labor de evangelización de los religiosos.

La *Relación* tiene, en fin, el mérito de ser no sólo la primera, sino la más amplia fuente para el conocimiento del pasado prehispánico de Michoacán.

*Ediciones de la Relación de Michoacán*

- 1869 Esta fue la primera edición con base en la paleografía del documento hecha por Florencio Janer. Fue publicada por la Imprenta de V. Calero en Madrid y corresponde al tomo LIII de la *Biblioteca de autores españoles*.
- 1875 Es una reimpresión de la anterior publicada en Madrid como separata.
- 1903 Segunda edición preparada por Nicolás León quien se basó en la reimpresión de 1875 y la cotejó con la copia que se conserva en la Biblioteca del Congreso de Washington. Fue publicada en Morelia, Michoacán, por la Imprenta de Alfonso Aragón.
- 1956 La tercera edición es una reproducción facsimilar del manuscrito que recupera el orden correcto de las partes segunda y tercera. El facsímil de las láminas fue coloreado a mano teniendo a la vista el original. La transcripción, prólogo, introducción y notas son de José Tudela. Contiene, además, un "Estudio preliminar" hecho por Paul Kirchhoff. Es una publicación de la Editorial Aguilar de Madrid.
- 1970 Traducción al inglés hecha por Eugene R. Craine y Reginald C. Reindrop. Está basada en la edición de 1903 de Morelia y reproduce ilustraciones provenientes del manuscrito de El Escorial y de la copia de Washington. La traducción, sobre todo de los términos purépechas, adolece de inexactitudes. La publicó Oklahoma University Press (Norman).
- 1977 Reimpresión de la edición facsimilar de 1956 en la que la introducción y los estudios de José Tudela y Paul Kirchhoff se sustituyeron con una introducción de José Corona Núñez. Es una edición muy defectuosa, hecha por la Editorial Balsas de Morelia, Michoacán.
- 1980 La cuarta edición en el idioma original ha sido editada bajo el nombre de fray Jerónimo de Alcalá. Contiene un prólogo de Fernando Horcasitas y la versión paleográfica, estudio preliminar y notas de Francisco Miranda. La paleografía es muy cuidadosa, repara errores de la edición de 1956, y ofrece una separación



tipográfica del texto entre lo que escribe el autor y lo que relata el informante indígena. Comprende la reproducción fotográfica a color de las pinturas, pero no colocadas en el lugar original, aunque sí se señala el folio correspondiente. Va acompañada de varios apéndices. La publicó Filmax Publicistas, en Morelia, Michoacán.

- 1988 Reimpresión de la anterior, pero sin las fotografías. La publicó la Secretaría de Educación Pública en la Colección *Cien de México*.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS